

SE VENDEN PALABRAS Y NÚMEROS

En un pueblo perdido, situado en la cima del monte Agrilea, vivía un niño llamado Juan Pedro, que, como el resto de sus habitantes, nunca había salido de allí. Era un recóndito lugar, muy pequeño, poco poblado, en el que sus muros guardaban y reproducían todas las voces. Además tenía otra peculiaridad: no conocían ni las letras ni los números. Por lo demás, era un pueblo como otro cualquiera: había personas más o menos poderosas, había envidias, alegrías, luces y sombras.

Todos sus habitantes, incluso los recién nacidos, se reunían el viernes por la noche en la plaza alrededor de una hoguera. El silencio se iba extendiendo dirigido por el humo de la llamas. Todos esperaban impacientes el gran momento: los más ancianos tomaban la palabra para contar cantando las numerosas historias del pueblo a los más jóvenes; pero también, a los menos ancianos. Algunos los habían oído tantas veces que movían los labios al mismo tiempo

Cuando Juan Pedro cumplió los dieciséis años, pensó que había llegado el momento de cumplir un sueño que le había estado rondando su cabeza desde pequeño: necesitaba salir del pueblo, conocer otros lugares, otros olores, otros sonidos, otras sensaciones. Había veces que sentía que se ahogaba, que no podía respirar. Necesitaba convencer a sus padres y al consejo de ancianos.

Fue todo más fácil de lo que había supuesto: en la reunión del viernes, todos accedieron a sus deseos, aunque no los comprendieran; sabían que, llegado a ese punto, la felicidad de Juan Pedro entre aquellos muros era imposible.

Al día siguiente, cuando apenas amanecía, terminó de preparar sus cosas, se despidió de su familia entre lágrimas y comenzó a descender por la ladera de la montaña. El descenso le pareció eterno, era como si sus piernas no le obedecieran, como si no quisieran abandonar el suelo que las vio nacer.

Tras varias horas de bajada, llegó a la Ciudad Porcelana. Algunos vecinos lo ayudaron a localizar el lugar donde algo que se llamaba ferrocarril lo llevaría a su ciudad de destino: Teselia. Cuando llegó a la estación, se extrañó mucho al ver las numerosas figuritas negras con las que estaba decorada; algunas, que estaban incluidas en una especie de bola, aparecían y desaparecían. Además, pensó que debía ser algo novedoso, ya que la mayor parte de las personas se ponían delante de ellas para verlas bien, e incluso se paraban un ratito mirándolas una y otra vez.

Aunque, en su cabeza, se agolpaban preguntas y más preguntas sin respuestas, compró un billete de tren y esperó a que llegara. Pocos minutos después, Juan Pedro le preguntó que era aquel papel y porque lo miraba durante tanto tiempo. El señor le contestó:

Esto es un periódico, muchacho.

¿Y qué es un periódico? – le preguntó Juan Pedro.

Son papeles especiales en los que se cuenta lo que ocurre en el mundo – explicó con cierto desconcierto el señor mayor.

¿Y cómo entiende lo que dice? – preguntó Juan Pedro algo extrañado – yo no oigo ninguna voz.

Lo entiendo porque sé leer lo que escriben las personas que hacen el periódico. ¿Tú no sabes leer ni escribir, muchacho?

No, nunca había oído hablar de eso. Y... ¿dónde puedo aprender?

En el colegio. De hecho, en la próxima ciudad hay varios colegios ¿Por qué no vas a uno y así aprendes?

Así lo hizo: Juan Pedro pasó un año en el colegio y todas las noches leía unas páginas del diccionario para aprender más y más palabras. Cuando iba por la calle leía cualquier letrero que encontraba, e incluso cogió la costumbre de sumar, multiplicar, restar y dividir todos los números que encontraba a su paso.

Su afán por aprender era tan grande que, cuando terminó el curso, dominaba las letras y los números. Estaba tan contento y le gustaba tanto lo que había aprendido que su decisión era definitiva: se dedicaría a vender palabras y números.

Para que fuera rentable, Juan Pedro se dirigió a la ciudad a la que quería ir desde el principio: Teselia. Allí montó su negocio.

Al principio no tuvo mucho éxito y llegó el momento en el que estuvo a punto de dejarlo. Afortunadamente un día la suerte llamó a su puerta: un inventor llamado Carlos Manuel de Guevara acudió a él para que le buscara un nombre para un producto que él había descubierto; se trataba de un nuevo metal con el que había formado esferas del tamaño de una canica. Cuando entraban en contacto, producían una energía inagotable y limpia.

Juan Pedro se entusiasmó mucho al ser su primer trabajo y pasó varios días meditando sobre el nombre perfecto. Se le ocurrieron muchos nombres: “energía esférica”, “esferaenergía”... De repente apareció: “energaia”.

Cuando Juan Pedro le dijo a D. Carlos Manuel de Guevara el nombre que había pensado para su producto, este se quedó desconcertado. Pero cuanto más repetía la palabra, más le iba gustando y más y más...

Todo el mundo hablaba de “Energaia”. Apareció en las portadas de los periódicos de más tirada del país, se anunciaba en televisión, estaba presente en todos los carteles publicitarios e incluso empezaron a venderse juguetes, coches, electrodomésticos... con ese nombre. La nueva energía se extendió como la pólvora, pero también la nueva palabra.

Tras el éxito de “energaia”, las mejores agencias de publicidad del país se disputaban a Juan Pedro para que les buscara nombres perfectos para productos no siempre tan perfectos. Y así fue inventando un nombre tras otro. Políticos, grandes y pequeños empresarios también se lo disputaban. Escribía sus discursos, daba conferencias... Sus palabras llegaban al corazón y al cerebro de sus lectores haciéndoles fácil lo complicado y atractivo lo que en la pluma o en la boca de otro hubiera sido inexpresivo.

Los éxitos alcanzados le dieron fama y dinero, pero la suerte salió de su vida y de la de los demás: se produjo una profunda crisis económica, los bancos cerraron sus puertas, incluidos aquellos donde tenía depositada su gran fortuna. Nadie podía explicar por qué se había producido esa situación, y lo que era peor, nadie sabía cómo solucionar lo que estaba ocurriendo. Se reunieron las mejores cabezas de la economía mundial para proponer salidas a la crisis, pero las cuentas no salían.

Juan Pedro había vuelto a sus orígenes: ya no tenía ni fama ni dinero. Se pasaba las noches enteras tratando de buscar una solución, pero a él tampoco las cuentas le salían. Poco a poco fue elaborando una fórmula donde podría estar la solución. Se lo propuso al alcalde de Teselia; exigiría algunos sacrificios, pero serían pasajeros. “Energaia” facilitaría todo el proceso. Los números cuadraban, y, además, eran fáciles de entender. Nadie se explicaba por qué algo tan sencillo no se le había ocurrido a ningún cerebro económico.

Juan Pedro también se ocupó de explicar a los habitantes de la ciudad cuál era el plan que se iba a seguir. Los números y las palabras se combinaban de forma casi mágica y así llegaban al corazón y al cerebro.

Muy lentamente, Tesalia fue recuperando su pasado reciente. De ahí, la salida de la crisis se fue extendiendo al resto del país. Todo gracias a los números y las palabras de Juan Pedro. La suerte, el dinero y la fama habían entrado de nuevo en su casa.

Sin embargo, a pesar de todo lo conseguido, Juan Pedro sentía que se ahogaba, que no podía respirar. Era la misma sensación que había tenido durante muchos años y que le había llevado a dejar su pueblo para buscar otros lugares, otras personas, otros olores, otros sonidos... La decisión ya estaba tomada: volvería a su pueblo, a la cima del monte Agrilea.

Emprendió la vuelta deshaciendo el camino que había recorrido quince años antes. Parecía que el tiempo no hubiera pasado: los lugares parecían distintos, pero él seguía teniendo las mismas sensaciones.

Cuando llegó al pie del monte Agrilea, las preguntas se la amontonaban en la cabeza. Sin embargo, sus piernas, esta vez, lo obedecían, querían llegar, como él, lo antes posible. Al divisar los muros y los tejados de su niñez, su corazón latía como un potro desbocado.

Ya en el pueblo, aunque nadie lo esperaba, la primera persona que lo vio lo reconoció. Sus palabras llegaron a los muros de las casas y fueron penetrando en los oídos de sus habitantes. Todos acudieron a recibirlo; la alegría era inmensa. Los más ancianos del lugar convocaron una reunión en la plaza esa misma noche alrededor de la hoguera. No importaba que fuera miércoles; sería una convocatoria especial, donde todos podrían preguntar y hablar. El gran protagonista sería Juan Pedro, que podría contar contando su historia.

Así se hizo. A las nueve de la noche, el pueblo entero se reunió alrededor de la hoguera. Juan Pedro empezó a contar, cantando, su historia y sus proyectos. Todos escuchaban en silencio con las bocas cerradas; pero poco a poco, empezaron a mover los labios como si se tratara de una historia que ya hubieran escuchado antes. Con Juan Pedro, sus palabras y sus números, se abría una nueva etapa de la historia del lugar, aunque seguiría siendo en lo esencial, un pueblo como muchos otros; con envidias y alegrías, con sus luces y sus sombras

JAIME LARRE GUERRA, 14 años.
Huelva